

La política o el lenguaje de los hechos

Joaquín Lavín

Ingeniero Comercial; ha sido Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Concepción. En la actualidad es Alcalde de Santiago de Chile.

«No es verdad que haya oposición entre ser buen católico y servir fielmente a la sociedad civil. Como no tienen por qué chocar la Iglesia y el Estado, en el ejercicio legítimo de su autoridad respectiva, cara a la misión que Dios les ha confiado. Mienten —¡así: mienten!— los que afirman lo contrario. Son los mismos que, en aras de una falsa libertad, querrían “amablemente” que los católicos volviéramos a las catacumbas».

Surco 301

Es difícil para mí referirme a un tema tan amplio y complejo como familia y política. Por ello lo mejor que puedo hacer es transmitirles mi experiencia, mi testimonio como quien lleva 10 años completamente dedicado al servicio público en un país con las características culturales, económicas y políticas de Chile. He sido Alcalde de Santiago de Chile durante 6 años. Fui candidato presidencial perdiendo estrechamente la elección, en una segunda vuelta por 51 a 49%, en enero de 2000 hace dos años atrás, frente al actual presidente Ricardo Lagos. Hace un año fui elegido Alcalde de Santiago, la capital de mi país.

La palabra “política” está un poco desprestigiada en Chile, porque se asocia con conflictos, discusiones sin sentido y muy poca acción, muy pocas soluciones a los problemas. Por eso, más que decir que me dedico a la política, prefiero decir que me dedico al “servicio público”. Por lo demás, servir es el verdadero sentido, el sentido profundo, del trabajo de un político. «Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano

con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»¹²⁸.

La relación entre familia y política es muy amplia y en muchos sentidos. Que las familias estén bien y puedan desarrollarse en un ambiente de estabilidad y de felicidad es el objetivo último de la política. Recuerdo las palabras del Beato Josemaría en el libro *Conversaciones*, donde nos recordaba nuestra libertad en lo temporal y nuestra responsabilidad para orientar rectamente las realidades temporales a través de nuestro trabajo, sin proponernos caminos concretos en lo económico, lo político, ni lo cultural; pero siempre movidos por un afán recto y noble de mejorar la sociedad.

Hace cinco años, en esta misma ciudad de Roma, Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, me dijo algo que para mí fue extraordinariamente inspirador. Le pregunté qué tenía que hacer un político cristiano, qué debía hacer una persona que ejercía un cargo de autoridad política y que quería ejercerlo inspirado en los valores cristianos. Su respuesta fue muy sencilla. Me dijo que una autoridad con inspiración cristiana debía buscar siempre dos cosas: servir y unir. Es el mejor consejo que he recibido.

No es fácil, porque generalmente la política no se entiende así. Muchas veces no se llega a servir. Parte de los problemas que viven nuestras democracias tienen que ver con que las personas tienen la sensación que sus autoridades aprovechan sus cargos para servirse ellos mismos, desde el pequeño aprovechamiento, hasta actos mayores de corrupción. Esa es la antítesis del político cristiano. Servir significa cambiar el concepto de autoridad. Quienes hemos llegado a cargos por elección popular debemos ser verdaderamente los empleados de quienes nos han elegido.

Quienes somos candidatos tenemos un programa de gobierno, pero servir en su sentido más profundo significa tener la humildad para desprendernos de nuestros propios proyectos y, más que fijarme en lo que yo quiero hacer, preguntar qué necesitan ustedes, en qué los puedo servir.

Cuántas veces hemos visto que la agenda que imponen los políticos en una sociedad es muy distinta a las preocupaciones de las personas comunes y corrientes. Eso ocurre porque falta espíritu de servicio. Son los ciudadanos comunes y corrientes los que deben fijar las prioridades, los que deben decidir a qué dedicamos nuestro tiempo y cómo gastamos el dinero que nos corresponde administrar.

En general, mi experiencia es que la gente, las familias, quieren cosas sencillas pero concretas y muy importantes. En un país como el mío quieren tener un

¹ *Conversaciones*, 113.

trabajo, seguridad en las calles y en sus casas, acceso a la salud, buena educación para sus hijos, estabilidad.

Creo que si uno piensa en el servicio público con esta perspectiva, se da cuenta de que el consejo de actuar para unir y servir es, en realidad, la mejor manera de cumplir esta tarea. No es fácil, porque la política diaria está llena de situaciones en que es necesario elegir entre quedarse con esta doctrina o simplemente dejarse llevar por la corriente. Esa es la lucha que cada uno tiene que afrontar. Mi experiencia me indica que las peleas ideológicas y las discusiones con posturas intransigentes no son las que permiten avanzar. En Chile decimos que hay gente a la que le gusta “apagar los incendios con bencina”. Es decir, si tú peleas, yo peleo más. Si tú gritas, yo grito más fuerte. La verdad es que así no se consigue resolver los problemas.

Por eso es tan importante “unir”, porque sólo rescatar lo positivo y valioso que hay en la postura del otro es lo que permite avanzar. Mi experiencia personal de 10 años, me dice que esta forma de actuar, unir y servir, no es sólo lo que corresponde a un servidor público de inspiración cristiana, sino que es también lo que la gente quiere, lo que las personas esperan de sus autoridades.

Antes de seguir quiero hacer unos comentarios. El primero; la relación entre familia y política es muy amplia y parte por mi propia familia. El servicio público vivido a fondo es tan demandante, tan absorbente en tiempo, cabeza y corazón, que sólo puede vivirse bien, contando primero con el *apoyo de la propia familia*. Esa es mi experiencia personal. Es un proyecto familiar. En mi caso, mi esposa y mis siete hijos se involucraron intensamente en mi campaña presidencial. Mi esposa me acompaña ahora en mi nuevo trabajo como Alcalde de Santiago, incluso a costa de dejar de lado sus propios proyectos personales. Eso es algo que agradeceré siempre. Sin el apoyo de la propia familia es imposible tener la fuerza para llevar adelante esta vocación.

Las *campañas políticas*, especialmente las campañas presidenciales son también una *oportunidad única para transmitir valores*, y la participación de mi familia significó mucho en eso. Sólo podemos transmitir y contagiar lo que llevamos dentro. No lo que hablamos, sino lo que vivimos. Únicamente podremos transmitir los valores de la familia, de la solidaridad, del servicio a los demás, si los vivimos realmente. Si lo que se contagia es lo que llevas dentro, entonces es indispensable tener una vida interior que te sostenga y te dé verdadera consistencia. Soy economista, y puedo decir, hablando en términos económicos, que hoy esa fortaleza espiritual que sólo da la vida interior es una ventaja comparativa del político cristiano.

El tercer comentario *es que la exigencia de hoy es representar los valores cristianos en la vida pública en su integridad*. En mi país sí hay corrientes políticas que ponen el énfasis en el rechazo del divorcio, el combate al aborto, pero que en

el pasado han descuidado la solidaridad y la opción preferencial por los pobres. Otras ponen énfasis en las políticas sociales, pero no defienden lo suficiente los valores de la familia.

Procurar participar en la vida pública como cristiano, significa ser consecuente en todos estos ámbitos: el respeto a los derechos humanos, la opción preferencial por los pobres, la defensa de los valores morales y la familia. Todo eso y más en una sola unidad.

Para todos, la familia es importante. Es el único lugar donde el ser humano es aceptado y querido por lo que es y no por lo que tiene. Ni la inteligencia ni la eficiencia, ni la simpatía ni la belleza, son factores que determinan el grado de aceptación de un miembro en la familia. *Sin familia es impensable la transmisión de la vida y de los valores. Es tal vez una de las pocas instituciones en donde realmente podemos practicar la generosidad, sin pedir nada a cambio, excepto tal vez cariño.*

Los economistas sabemos que la inversión en capital humano es la que explica el desarrollo de los países. Parte de ese capital humano, es lo que hoy se llama el “capital social” de un país, tiene que ver con los grados de entendimiento, los lazos de solidaridad, de unión entre los ciudadanos, las ganas de participar. Un país o una comunidad con un alto nivel de “capital social”, es capaz de canalizar sus energías y esfuerzo tras metas comunes, sin perder tiempo en peleas pequeñas. En cambio, a un país dividido le cuesta más progresar.

Los valores familiares cristianos son parte muy importante de este capital social. Y esto tiene un gran impacto social y económico, especialmente en los sectores más pobres. Los grandes problemas de hoy, como el embarazo adolescente, las desuniones familiares, el aborto, la violencia intrafamiliar, el alcoholismo, la drogadicción, tienen en parte su origen en la pérdida de este capital social, que es necesario volver a crear.

Las separaciones y la desintegración de los núcleos familiares, por las razones más variadas, como el divorcio, la convivencia de hecho, los abortos, violaciones, violencia intrafamiliar, alcoholismo, drogas, jornadas de trabajo extenuantes, largos desplazamientos en transportes públicos ineficientes, pueden ser enfrentados integralmente por políticas públicas que aborden la vida de las personas en sus más variadas dimensiones.

Todos estos problemas terminan afectando significativamente a la familia y al propio individuo. De manera que, en mi opinión, *resulta un error pensar que sólo existen algunas medidas, propias de un ministerio o de una sección del aparato estatal, que deban preocuparse de la familia.* La verdad es que son muchos los campos en los cuales las medidas que se toman afectan la vida y el desarrollo de la institución familiar. Al decir esto pienso en lo que decía el Beato Josemaría: «Esfuérzate para que las instituciones y las estructuras humanas, en las que trabajas y te

mueves con pleno derecho de ciudadano, se conformen con los principios que rigen una concepción cristiana de la vida.

»Así, no lo dudes, aseguras a los hombres los medios para vivir de acuerdo con su dignidad, y facilitarás a muchas almas que, con la gracia de Dios, puedan responder personalmente a la vocación cristiana»².

Por lo tanto, *hay que considerar siempre los efectos negativos o positivos sobre la familia de las decisiones que se adoptan en cualquier campo*. En mi Municipalidad se han tomado medidas que fomentan el uso del *transporte público*, dándole mayor rapidez al permitirle usar *carriles especiales* y exclusivos en las vías. Esto deja menos espacio para los automóviles particulares, pero permite que las personas más pobres, que se desplazan en autobuses, se levanten media hora más tarde por las mañanas, y lleguen media hora más temprano por las tardes, teniendo así más tiempo para ellos y para sus familias.

Hay muchas otras políticas que inciden sobre la familia. Por ejemplo, los *proyectos de viviendas que el Estado y las municipalidades construimos para los más pobres* deben ser pensados de una manera diferente. Hoy son tan pequeñas, que generan hacinamiento, impiden la intimidad de la pareja y que puedan recibir los hijos que Dios quiera enviarles y generan discusiones y peleas que se transforman en factores de violencia dentro del entorno familiar. Viviendas más amplias, con espacios públicos adecuados, con juegos infantiles, favorecen la vida de familia. Los buenos espacios públicos con plazas y parques son el patio o el jardín de los más pobres.

Como Alcalde me ha tocado ver cómo muchas mujeres que necesitan trabajar, no pueden hacerlo o se ven forzadas a dejar solos a sus hijos pequeños, encerrados con llave en sus propios hogares, porque no hay disponibilidad de jardines infantiles del Estado, y no pueden pagar a una niñera. Establecimos en Santiago un sistema especial. Otras mujeres que viven en la misma población, normalmente abuelas que ya han tenido experiencia en cuidar niños, se les entrena como “guardadoras” y reciben un subsidio mensual de parte del Municipio, de US\$20 por cada niño que cuidan. Así ellas ganan un cierto dinero, y permiten que otras mujeres de su barrio puedan trabajar tranquilas.

Los cargos de relevancia política deben ser usados para unir y servir, a la familia antes que nada, porque es a partir de allí que se puede construir una sociedad verdaderamente unida. La tarea fundamental de los políticos creo que es hacer, y para hacer es necesario *lograr un liderazgo que sólo se consigue con el ejemplo y con el trabajo diario*, que nunca debe darse por totalmente concluido o logrado.

² *Forja*, 718.

Como gesto personal y en esta misma línea, comencé a visitar solo a veces acompañado de mi esposa, *las casas de familias muy pobres en los barrios populares de las ciudades de Chile*. El objetivo es que esas familias abrieran su corazón, compartiéramos y me permitieran vivir sus vidas aunque fuera por una tarde.

Para transmitir la disponibilidad y las ganas de servir, en mi última campaña como candidato a Alcalde de Santiago de Chile repartí a todos los vecinos una tarjeta, al estilo de *las tarjetas de visita, personalizada*, con el nombre del vecino correspondiente, indicándole un día y una hora precisa en que lo recibiríamos en la Municipalidad. Más de 10.000 personas llegaron con la tarjeta a plantear su problema durante el primer mes de mi alcaldía.

Este espíritu, “quiero ser el empleado de ustedes”, se manifiesta también en la *política de consultas vecinales*, en que periódicamente preguntamos a los vecinos de un barrio sobre qué proyecto debe financiar la Municipalidad o cuál debería ser el nombre de una plaza o el sentido de tránsito de una calle. Lo que queremos decir es “ustedes son mis jefes”, el Alcalde es un empleado. Estoy a su servicio.

Lo digo porque en 1999, cuando renuncié a mi trabajo en un periódico en Santiago de Chile para dedicarme a la política, una persona que estimo mucho me dijo: «si quieres triunfar en la política vas a tener que mentir, vas a tener que prometer y no cumplir, vas a tener que buscar en los archivos las debilidades personales de tus adversarios y explotarlos en la televisión». Y me dijo, «como sé que tú no vas a hacer eso, te va a ir mal en política». Pero vi que no es así: que no es necesario dejar de ser honrado. El Beato Josemaría tenía razón. La política, tomada como servicio público, no es un trabajo sucio. Al contrario, es también un camino a la santidad. Depende de cómo, personalmente se siga ese camino. Y se puede ganar siendo honesto y trabajando, sin descalificar a las personas, buscando siempre servir y unir.